

Marcel Proust: una mirada crítica sobre la profesión médica

Prof. José Pedro Díaz, Dr. Alvaro Díaz Berenguer

Palabras Clave: Ética médica
Historia de la medicina
Relación profesional - paciente

Prof. José Pedro Díaz
Director del Dpto. de Filología Moderna,
Profesor de Literatura Francesa. Facultad
de Humanidades y Ciencias de la
Educación.
Dr. Alvaro Díaz Berenguer
Asistente en la Clínica Médica 2, Facultad
de Medicina, Hospital Pasteur.

Introducción

En oportunidad de la conferencia sobre «El enfermo grave y su entorno en la literatura» dictada por uno de nosotros en la Clínica Médica 2 del Pasteur, Marcel Proust fue insistentemente mencionado desde el comienzo como autor de una obra que por varios motivos tendría que ser considerada. Sin embargo, como el tema que se trataba en esa oportunidad era realmente muy vasto, ya que nos propusimos evocar una serie de ejemplos diferentes a lo largo de la historia, sólo pudimos referirnos a Proust a propósito del pasaje en el que refiere la muerte de Bergotte, sin que haya sido posible aludir a este otro en el que se relata la enfermedad de la abuela del narrador. La omisión era muy sensible, porque en este último pasaje es particularmente importante su aporte crítico a propósito de la conducta de diferentes médicos. Es cierto que éste no era el tema central de la exposición que entonces se hacía, pero precisamente por eso nos parece adecuado tratarlo ahora, si bien ya no para considerar «el enfermo grave y su entorno» de modo general, como en aquella ocasión se hizo, sino para considerar, más específicamente, diferentes aspectos de la relación médico-paciente en la obra de Proust.

La relación médico-paciente

Esta relación es el vínculo esencial que une al médico con el enfermo y está centrado en dos motivos fundamentales:

- 1) la ansiedad del enfermo por resolver su problema de salud corporal o psíquica (a veces es sólo la ansiedad), y
- 2) el recíproco interés del médico por ayudar con su arte.

A lo largo de la historia de la medicina esa relación sufre numerosos cambios; sin embargo mantiene un eje rector que podemos indicar como «la respuesta a un pedido de ayuda». Esa relación se objetiva sobre todo en oportunidad de un acto médico fundamental: la realización de la *entrevista médica*. Esta no ofrece, por otra parte, un patrón fijo, ya que tanto las distintas enfermedades como las correspondientes especialidades médicas implican experiencias diferentes de la enfermedad, de sus secuelas y aún de la muerte;

pero aún así puede señalarse la necesidad de cumplir, durante la entrevista, con algunos principios de valor general en vista de salvaguardar en el médico una visión tan objetiva como sea posible de la enfermedad, así como una actitud serena y libre de angustia en el paciente.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del nuestro, se extendió la presencia del médico filántropo; éste procura el bien del paciente por el paciente mismo; y la relación se mantiene con un trato amable y respetuoso, que habitualmente llega hasta la confianza. Todo ello sin dejar de lado los demás intereses del médico, quien, junto a la voluntad de ayudar, mantiene la de conocer y aprender (el enfermo puede ser también una fuente de nuevos conocimientos), la voluntad funcional (en tanto el médico es funcionario de una institución) emparentada con el apetito de lucro o de prestigio.

La consideración de los ejemplos que la obra de Proust nos ofrece parece tanto más oportuna cuanto la relación médico-paciente está precisamente en crisis en nuestros días y por múltiples razones, que van desde el ejercicio de la medicina de manera impersonal, burocratizada, pasando por la especialización desmedida, las bajas remuneraciones, el multiempleo del médico, la desaparición del médico de familia, etc.

Por otra parte, en la literatura médica nacional (e incluso en la enseñanza universitaria) se hace fundamental hincapié en los aspectos médicos diagnósticos o terapéuticos, desplazando aquellos otros de la relación médico-paciente que no entran en el ámbito estrictamente «científico». Nos parece oportuno llamar la atención sobre ese hecho. Para hacerlo recurriremos a evocar algunos pasajes de una obra literaria que dista ya de nosotros muchas décadas durante las cuales la evolución de las ciencias médicas fue inmensa, ya que los hechos en los que Proust se inspiró ocurrieron a fines del XIX, hace ya casi un siglo; sin embargo los elementos más importantes que integran el vínculo médico-paciente son básicamente los mismos, y las críticas que surgen del texto de Proust siguen siendo válidas aún hoy.

LA OBRA DE PROUST

El material evocado será un pasaje de *En busca del tiempo perdido*. A propósito de esa obra y de su autor puede ser útil hacer algunas precisiones.

*En busca del tiempo perdido*¹ fue escrita probablemente a partir de 1907, y su autor trabajó en ella hasta 1922, año de su muerte; la obra se terminó de publicar en 1927. El episodio que aquí se comenta se construyó sobre el recuerdo de la enfermedad final de la abuela materna de Proust, Mme. Weil, que había ocurrido en 1895. El episodio ocupa las páginas finales del primer volumen de *Le coté de Guermantes* (1921) y el capítulo primero del segundo volumen del mismo libro (1922). Importan estas precisiones porque permiten situar el momento correspondiente en la historia de las ciencias médicas.

También debe subrayarse que ese texto resulta particularmente valorado no sólo por la aguda sensibilidad del autor y su extraordinaria capacidad de observación, sino también por la excepcional relación que tenía Proust con la profesión médica. Marcel era hijo de Adrián Proust, un médico muy destacado, doctorado en 1862, precisamente en momentos en que la medicina se estaba enriqueciendo notablemente como ciencia experimental. Jefe de clínica en 1863, se había destacado en el concurso de «Agrégration» de 1866, justamente cuando llegaba a Francia la tercer epidemia de cólera del siglo. Se empeñó entonces en lograr que se realizara el «cordón sanitario» preconizado por sus maestros Tardieu y Fauvel. Con ese motivo, enviado por su gobierno para estudiar las rutas del cólera, viajó en 1869 a Persia, pasando por San Petersburgo, Astrakán, Teherán y Constantinopla (él sostenía que «el Egipto debe considerarse como la barrera de Europa contra la epidemia»), y mereció la Legión de Honor por sus esfuerzos. Por otra parte el hermano del novelista, Robert Proust, también médico, fue quien atendió al novelista en sus últimos días.

Esto explica que Marcel haya podido observar, ya en el mismo salón de su padre, una amplia galería de modelos con los que construyó luego los diferentes personajes médicos de su novela.

Agreguemos todavía que esta presencia de la medicina y, desde luego de los médicos, en su obra, no desdeña recoger, entre otras líneas de la tradición literaria francesa, la del *humor feroz y acariciador* —según dice A. Maurois— que ilustra ya sobre los mismos temas, Molière².

La enfermedad

El pasaje que comentamos no ofrece información precisa sobre los signos y síntomas de la enfermedad, sin embargo permite hacer una valoración ajustada de la actuación de cada médico. Pueden hacerse las siguientes observaciones: Proust presenta la enfermedad de que se trata como un cuadro urémico, sin que se puedan precisar ni su etiología ni sus características evolutivas, salvo la mención de algunos episodios febriles y de disnea. La paciente es una persona culta, refinada, que vive su enfermedad pasivamente y que durante el transcurso del relato va disminuyendo su actividad consciente hasta que finalmente pasa por etapas

que sospechamos sean de delirio, excitación, convulsiones, coma y muerte.

Los médicos y sus modelos

El excelente biógrafo inglés de Proust, George D. Painter³, estudió cómo se corresponden los médicos que aparecen en esta obra con una serie de médicos que el novelista conoció y que le sirvieron de modelos. Recogemos parte de esas referencias porque ponen en evidencia el amplio conocimiento que Proust tenía de la materia.

El que fue objeto de un trabajo de composición más complejo fue sin duda el *Dr. Cottard*, que es uno de los personajes importantes de su obra, en buena parte como asistente habitual al salón de Mme Verdurin. Su principal modelo fue el cirujano Eugène Louis Doyen (1859–1916), quien proporcionó al Dr. Cottard de Proust su aspecto atlético, una fría brutalidad ocasional, su ingenuidad y su falta de tacto, así como su incurable ignorancia en temas culturales y sociales. Pero a esas características agregó Proust algunas que tomó de otros médicos que conocía, como el Prof. Guyon, maestro de su hermano Roberto, y que gustaba de los juegos de palabras, hábito que compartía con otro conocido de Proust, el cirujano Auguste Broca, quien motivaba estallidos de risa entre sus discípulos por sus dichos ingeniosos y sus juramentos. En cuanto a los anteojos de Cottard (sus quevedos) y sus guiños involuntarios, pertenecían a un profesor del novelista, Albert Vandal. En cuanto al nombre, derivaba del de un colega del padre de Proust, el Dr. Cotard.

Du Boulbón tuvo como modelo a un médico de moda del elegante barrio de St-Germain, el Dr. Reboulet, y su nombre recuerda también el del Dr. Leboulbène, otro amigo del Dr. Adrián Proust.

El profesor E... está inspirado en el Dr. Edouard Brissaud, autor de una obra sobre la «Higiene de los asmáticos», a quien Proust consultó en 1905. Algunos otros aspectos de la conducta del Dr. Du Boulbón, pudieron ser inspirados por el Dr. Albert Robin, quien, según anota Painter, dijo cierta vez a Proust: «Quizá podría hacer desaparecer su asma, pero no quiero hacerlo; dada la forma que el asma tomó en Ud., ella le sirve de exutorio y le libera de otras enfermedades».

Painter no señala el modelo del *Especialista X*, que es quien presenta un tratamiento literario más molieresco; por eso mismo podemos suponer que no fue diseñado según un modelo dado.

El *Dr. Dieulafoy* es el único de los médicos de esta galería que aparece con su propio nombre; se trata de un profesional muy eminente y conocido. El Prof. Georges Dieulafoy (1839–1911), médico de la Princesa Mathilde, fue uno de los colegas del padre de Proust que, en 1905, acompañaron el cortejo fúnebre de la madre del novelista.

Algunos de estos nombres serán sin duda conocidos por nuestros lectores.

La entrevista médica

Consideraremos las entrevistas médicas desarrolladas por Proust en el texto al que hacemos referencia, señalando los aspectos en que puede incurrir el médico y que

1. El texto que comentamos está citado de la traducción que uno de nosotros preparó del pasaje que se indica, para un volumen de la colección de El club del libro: Marcel Proust: «Un relato», Montevideo: Cele SRL, El texto usado para la traducción fue el de la Bibliothèque de la Pléiade, 1954.
2. André Maurois: «A la recherche de Marcel Proust», París: Hachette, 1949, p. 244. En el párrafo II del capítulo VIII, dedicado a «Les thèmes comiques», abundan las referencias a los médicos.

3. Pedro Lain Entralgo: «El médico y el enfermo», Madrid: Guadarrama, 1969.

France, 1961. La mención de los diferentes modelos de que se sirvió Proust para su galería de médicos se encuentra en las pp. 406-13.

que deja en manos de su colega, mantiene un vínculo afectivo adecuado y no se entromete en la relación establecida con el otro profesional.

